





SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE


MEMORIA
CORRESPONDIENTE AL AÑO
DE
1892








Imp. y Lit. de la VIUDA É HIJOS DE MUÑOZ.
HUELVA.







I.

Las fiestas con que la SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE celebra anualmente la gloriosa fecha de la salida del Puerto de Palos de la inmortal expedición que tuvo por maravilloso resultado el descubrimiento de un Nuevo Mundo, han tenido en el año actual excepcional importancia y desusada solemnidad, no ya sólo por los esfuerzos de esta Sociedad, sino principalmente por haberlas considerado el Gobierno como prólogo ó inauguración de las del Centenario de dicho descubrimiento, concurriendo, al efecto á ellas, una escuadra al mando del Excmo. Sr. Ministro de Marina, una comisión de la Junta creada en Madrid para organizar y realizar todo lo concerniente á la celebración del Centenario,

buques de guerra de casi todas las naciones, la nao *Santa María*, construida por el gobierno español, las carabelas *Pinta* y *Niña* por el gobierno de los Estados Unidos de Norte América,—facsimiles de los tres buques que hicieron la expedición,—tropas, baterías, músicas, etcétera, además de haberse verificado la restauración del monasterio de la Rábida y erigido un monumento conmemorativo cerca de él en honor de los descubridores.

Á las ocho de la noche del 30 de Julio llegó á Huelva en el tren correo la Comisión que representó en nuestras fiestas conmemorativas á la Junta Central del Centenario; presidíala el insigne poeta Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce, tan popular y admirado en América como en España; componíanla, además de este señor, el general Riva Palacio, representante de México, escritor erudito y uno de los elocuentes conferenciantes en el Ateneo de Madrid sobre los asuntos colombinos, el Sr. Des-Roches, representante de la República de Haiti, poeta inspirado, antiguo periodista, habiendo dirigido en aquel país los periódicos *La Democracia* y *La Libertad*, el académico de la Historia, Sr. Sánchez Moguel, el Sr. Ortiz de Pinedo, antiguo periodista y aplaudido autor dramático, el Sr. Vicenti, elegante escritor, Director de *El Globo*, el Sr. Rada y Delgado, autoridad en cuestiones históricas y arqueológicas y el Sr. D. Justo Zaragoza, escritor de gran mérito literario y muy competente en las cuestiones americanas.

La Comisión, como se vé, fué selecta representación del cuerpo diplomático americano, del profesorado, de

las academias y de la prensa. Su primer acto fué visitar el Monasterio de Santa María de la Rábida, quedando todos los comisionados muy satisfechos del resultado de las obras de restauración, enterándose de todos los pormenores referentes al monumento y después pasaron á Palos donde fueron recibidos y acompañados por el Alcalde y Ayuntamiento de dicho pueblo.

Al día siguiente, á bordo del *Legazpi*, llegó el Excmo. Sr. Ministro de Marina; una comisión de la SOCIEDAD COLOMBINA pasó á saludarle y ofrecerle sus respetos. El Sr. Ministro mostróse en extremo agradecido por el acto de atención de la COLOMBINA, manifestando considerarse honradísimo con la visita, pues los prestigios de la citada Sociedad, dijo, eran reconocidos por todo el mundo, y á su iniciativa y constante trabajo y propaganda se debía la celebración del Centenario.

El presidente de la COLOMBINA, señor Sanchez Mora, con su peculiar elocuencia, dió en breves frases, en nombre de la Sociedad, las gracias al señor Ministro por el concepto honroso que ésta le merecía, haciéndole á la par la indicación de que si este año, como los demás, podía contar la Sociedad con uno de los buques de la Armada para hacer la anual peregrinación en la mañana del 3 de Agosto al histórico Monasterio.

—No un buque ni dos, contestó el Sr. Beránger, sino toda la escuadra, y ya estamos aquí para dar gusto á la COLOMBINA, cuyos son los deseos del Gobierno.

Sumamente satisfecha quedó la Comisión de la fineza y galantería del Sr. Ministro.

En la madrugada del siguiente día—1.º de Agosto—

verificóse el acto verdaderamente conmovedor de la bendición del estandarte de Huelva, de ese estandarte cuyo escudo luce recuerdos del descubrimiento del Nuevo Mundo.

En la plaza de San Pedro y en la misma fachada de la iglesia, se levantaba sencillo y elegante altar donde se veneraba la imagen de San Sebastián, patrono de la ciudad; los vecinos del barrio habían engalanado los balcones, derrochando banderas, gallardetes y colgaduras; las tropas de la guarnición y las fuerzas de la escuadra formaban en la plaza, donde se encontraban también fuerzas de la guardia civil, carabineros, administración militar y artillería.

Poco antes de las ocho llegó el Ayuntamiento, acompañado de la Diputación Provincial, SOCIEDAD COLOMBINA, Comisión local ejecutiva del Centenario, Comisión del Comercio y la Industria, etc.; al pasar por la fila que formaban las tropas, las músicas tocaron la marcha real. Ocuparon las Comisiones sus asientos y á los pocos instantes llegó el Ministro de Marina, acompañado del Gobernador, de la Comisión de la Junta Central del Centenario, autoridades militares y un lucido estado mayor, batiéndole también marcha real todas las músicas.

A las ocho en punto comenzó la misa; la Comisión de la Junta escolar llegó en aquel momento con su estandarte que también había de ser bendito.

La plaza ofrecía un deslumbrador aspecto, ocupada literalmente por las tropas; el pueblo de Huelva había acudido en masa á reverenciar el emblema de su querida ciudad y todos presenciaban con respeto y entusiasmo la fiesta.

Las músicas entonaron la marcha real en el solemne momento en que el Alcalde, con la rodilla en tierra, sostenía la enseña de Huelva y el sacerdote daba la bendición.

Terminada la ceremonia, el Ministro, con su estado mayor y el elemento civil, se situaron frente á la plaza, desfilando las tropas al son de las músicas, en columna de honor.

Este mismo día hizo su entrada en el puerto la nao *Santa María*, empavesada, seguida de los cruceros *Isla de Luzón* é *Isla de Cuba*, acompañada de otros barcos de guerra españoles, escoltada por numerosas embarcaciones cuyos palos quedaban ocultos entre innumerables banderas, saludada por la batería de la plaza y por los cañones de los barcos extranjeros, en cuyas vergas vito-reaban á España y á Colón los marineros; fué hermoso espectáculo que no olvidará jamás Huelva, apiñada en sus muelles y en los buques y satisfecha de ver en sus aguas el barco que trae á la memoria grandezas de la patria.

Á las seis en punto de la tarde, salían de las Casas Consistoriales las comisiones de esta ciudad y la de Sevilla, con sus respectivos estandartes. Llevaba el onubense el señor López Carrión, y el de Sevilla el señor Marqués de Gandul.

Al salir los estandartes, la banda municipal tocó la marcha real; las comisiones se dirigieron á la plaza de la Merced, en donde se formó la procesión, que recorrió la ciudad anunciando la inauguración de las fiestas.

Al llegar á dicha plaza, la banda de música del regimiento de Granada tocó la marcha real y presentó armas un piquete del mismo regimiento.

En la puerta del palacio de la Diputación provincial recibióse la Corporación.

La procesión formó en el orden siguiente:

Una sección de Guardia civil de caballería.

Á la cabeza de los estandartes veíase el que Huelva dedicaba á los descubridores del Nuevo Mundo, al que seguían clarineros, timbaleros y voceros, vestidos á la usanza de la época; después figuraban el antiquísimo estandarte de la casa de Medina Sidonia, escoltado por una sección de guardas del célebre coto de Oñana, propiedad de la casa ducal, y el de Sevilla, escoltado por guardias municipales de aquel Ayuntamiento; seguía la comisión del mismo; el de Huelva; á continuación comisiones de todos los Centros oficiales y particulares, del Comercio y de la Industria, Corporaciones y Sociedades con sus respectivos estandartes; y por último, el Sr. Gobernador civil de la provincia, de uniforme, llevando á su derecha al Sr. Sundheim, en representación de la Comisión local ejecutiva de las fiestas del Centenario y á la izquierda al señor delegado de Hacienda.

Cerraba marcha un piquete del regimiento de infantería de Granada, con música.

El vocero pregonó varias veces la *fabla* escrita para el caso, entre la curiosa atención de compacta muchedumbre, que acudía á ver ese espectáculo, llamémosle así, que le ofrecían, y que por su carácter genuino de época les causaba grande admiración.

La salida de la procesión fué presenciada desde los balcones del palacio de la Diputación, por el Cuerpo diplomático y demás comisiones invitadas al efecto.

En las calles del tránsito había infinidad de personas, que saludaban respetuosamente al paso de los históricos estandartes.

Verificóse la velada literaria, según costumbre, en la noche del 2, en el suntuoso salón de conciertos del Hotel Colón, espléndidamente decorado y profusamente iluminado para este acto, así como los salones adyacentes, la gran terraza y los hermosos y extensos jardines que los rodean, donde parecía que el día había vuelto á las nueve de la noche, hora en que empezaron á llegar Comisiones oficiales, vistiendo los individuos que las componían sus uniformes correspondientes y luciendo condecoraciones, medallas ó insignias propias de sus cargos y representación; marinos españoles y extranjeros, representantes del Ejército, del Cuerpo diplomático, Autoridades todas, Comisión de la Junta Central del Centenario, la SOCIEDAD COLOMBINA, alma de la fiesta, representantes del Ayuntamiento de Sevilla, Comisiones del Clero y gran número de representantes de la prensa. Ocupó la presidencia el Ilmo. Sr. Obispo de Listra, teniendo á su derecha al Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce, presidente de la comisión de la Junta Central, al Ministro plenipotenciario de Méjico, general Riva Palacio, al Sr. D. José Sánchez Mora, presidente de la COLOMBINA y al Sr. D. Francisco Hernández Quintero, secretario, y á la izquierda al Excmo. Sr. Capitán general de Andalucía, Sr. Coello y Sres. Rada y Delgado, director del Museo arqueológico Nacional é individuo de la Comisión central del Centenario, ministro de Haití, al señor Balaiciart, al ministro de Santo Domingo y al Sr. Ortiz de

Pinedo. Más tarde entraron el Sr. Alcalde de Huelva y los generales de marina Sres. Parejo y Sanchez Ocaña, en representación de la marina y del Ministro Sr. Balaguer. Sentáronse á la derecha de la presidencia.

Abierta la sesión, usó de la palabra el Sr. Sánchez Mora y con voz que reflejaba la emoción de que estaba poseído pronunció frases entusiastas, frecuentemente interrumpidas por no menos entusiastas aplausos.

Á grandes rasgos hizo la historia del descubrimiento, empleando imágenes hermosas y conceptos claros y justísimos.

Glorificó á Colón manifestando que de lo propio es digno Martín Alonso, á quien la Historia hasta hace poco tachaba de traidor, habiendo sido sin embargo el brazo de la empresa.

— «Sin su valerosa decisión, dijo el Sr. Sánchez Mora, en los momentos de decaimiento del ánimo de los tripulantes, sin su enérgico ¡adelante! la empresa hubiera fracasado: á él pues se debe también gratitud eterna.»

Cuando terminó el Sr. Sánchez Mora, fué muy felicitado y aplaudido durante largo tiempo.

Seguidamente leyó el Sr. Ortiz de Pinedo una hermosa *Oda* muy aplaudida y celebrada por todos.

El ex-gobernador de Huelva, Sr. Balaciart, leyó también una poesía inspiradísima, siendo muy aplaudido.

Y por último, entre gran expectación, levantóse el Sr. Nuñez de Arce, que ostentaba la medalla de Académico de la de la Lengua.

Su discurso es imposible extractarlo: sería una profanación. Baste decir que como del autor de *Gritos del*

combate, *El vértigo* y tantas inmortales composiciones, abundó en imágenes atrevidas y hermosos conceptos, expresándose en frases correctísimas.

Tuvo para Huelva periodos laudatorios que hay que apreciar en todo lo que valen, dado los merecimientos de quien los expresó.

No hay que decir que fué aplaudido entusiastamente.

El Sr. Hernández Quintero dió después lectura al acta del Jurado calificador.

Según dicho documento, el Jurado consideraba dignos de premio los trabajos que á continuación se publican: uno señalado con el núm. 10, correspondiente al cuarto tema («Estudio acerca de la población de América en general, expresando las inmigraciones y cambios operados en la misma desde los tiempos prehistóricos hasta la llegada de Colón á dicho continente») y que lleva por lema: *L'histoire de l'Amérique antécolumbienne est encore assez mal connue et elle ne le sera jamais, peut-être de une manière complete*, y otro señalado con el núm. 2, correspondiente al tema 7.º («Memoria bibliográfica en que aparezcan por orden cronológico los trabajos ó estudios históricos y geográficos correspondientes á Colón y al descubrimiento del Nuevo Mundo, con un ligero juicio crítico sobre el mérito de los mismos, como base para una biblioteca sobre la expresada materia») y que tiene por lema:

*Ya, pues, que cosas de Indias celebramos,
Para no proceder sin fundamento,
Parece cosa justa que digamos
Algo de su primer descubrimiento.*

(J. DE CASTELLANOS.—Eleg. I.—Canto I.)

Á la primera se adjudicó un premio otorgado por S. A. R. el Srmo. Sr. Infante duque de Montpensier (q. s. g. h.) consistente en una artística escribanía de plata, y al segundo se le concedió el premio del Excmo. Ayuntamiento de esta capital, consistente también en otra elegante escribanía de plata dorada.

El Jurado opinó asimismo que eran merecedores de accésit los trabajos señalados con los números 16 y 15, correspondientes á los mismos temas y señalados con los lemas: *La Historia de América debe ser hecha por España* (tema 4.º) y *Un bibliotecario* (tema 7.º)

Los demás temas fueron declarados desiertos.

Se procedió enseguida á la apertura de los sobres correspondientes, á fin de conocer los nombres de los autores de los trabajos premiados, resultando:

Del trabajo núm. 10, el Sr. D. Emilio Blanchet.

De el del núm. 2, el Dr. D. Eduardo Baselga Ramírez.

De el del núm. 16, D. Luis de Hoyo Sainz; y

De el del núm. 15, D. Enrique Prugent.

Se había presentado también otro trabajo fuera de plazo y sin opción á premio ni sujeto á tema con el título: *Vicente Pinzón y sus deudos*, que el Jurado calificador recomendó á la Sociedad y ésta acordó que se incluyera en la presente MEMORIA, no sólo por la competencia de su autor, el erudito académico Excmo. Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, en las materias que son objeto de los certámenes que nuestra SOCIEDAD celebra anualmente, en los que también ha sido laureado, sino por los valiosos y desinteresados servicios que en diferentes ocasiones le ha prestado, y además, por ser este trabajo como la

continuación de su obra premiada en el certamen del 91 y publicada en la MEMORIA anterior, que tiene por lema: *Nadie es profeta en su patria*, y contener nuevos datos y curiosos documentos, hasta ahora inéditos.

Terminada la brillante velada de la SOCIEDAD COLOMBINA, muchas personas se dirigieron al muelle y se embarcaron para la Rábida, donde á las cuatro de la madrugada había mucha gente esperando el amanecer. Á las cinco menos cinco minutos, los acordes de la marcha real, ejecutada por la banda municipal de Huelva, fueron la señal del acto de izar las banderas de todas las naciones americanas, que saludaron las salvas de artillería y las aclamaciones de la muchedumbre allí apiñada. En el mismo instante de izarse las banderas, comenzó á decir misa en la Rábida el cura de la empresa de Rio-Tinto.

La línea de las banderas que ocupaba el frente del hemiciclo, tenía el estandarte de Colón y la insignia de Pinzón. En medio, la bandera de España.

Terminada la misa, cuando bajaban al muelle miles de personas que habían ido á presenciar el acto, se puso en movimiento la nao *Santa María*, fondeada en el río Tinto, frente á la Rábida. La batería colocada en la esplanada de ésta, saludó á la *Santa María*: ésta saludó á las banderas; la corbeta mejicana *Zaragoza* disparó sus cañones y otro buque, algo alejado de los restantes, también saludó á la Rábida.

El cañonero *Cuervo* remolcó después á la nao y la condujo á la mar.

El Alcalde de Palos, en el momento de la ceremonia

dirigió sentidos telegramas dando cuenta del acto á S. S. León XIII, á S. M. la Reina Regente, á S. M. el Rey de Italia, á S. M. la Reina Victoria, como soberana del Canadá, y á todos los Presidentes de las Repúblicas americanas, que fueron contestados con lisonjeras frases en las 24 horas siguientes.

Terminado el acto solemnísimo de izar las banderas, dirigióse la escuadra á la barra, pasándola en breve tiempo y comenzando seguidamente la gran revista.

Se habían reunido treinta y cinco buques de guerra y á más infinidad de vapores mercantes, y otras embarcaciones menores.

En el cañonero *Temerario* iba la SOCIEDAD COLOMBINA, acompañados, la generalidad de los Socios, de sus familias; y en otros buques marchaban expedicionarios de todas partes, que ansiaban presenciar una fiesta tan solemne y tan honrosa para España.

Las escuadras extranjeras estaban colocadas en línea; y ante ellas desfiló la *Santa María* llevada á remolque, siendo saludada con los tres *hurras* de ordenanza por la marinería colocada en las jarcias y en todos los sitios donde podía hacerlo.

Después saludó la artillería, oyéndose desde Huelva las salvas.

El primer buque de guerra que saludó á la nao, fué la corbeta austriaca *Aurora*, que no pasó la barra por dificultades imprevistas.

La escuadrilla española, acompañada de los buques extranjeros y con la *Santa María* á la cabeza, regresó á Huelva á las diez de la mañana.

Aunque la función religiosa con que esta SOCIEDAD celebra anualmente la salida de la expedición colombina se verifica de ordinario el día 3 de Agosto, fecha de aquel memorable acontecimiento, y en el Monasterio de Santa María de la Rábida, en recuerdo de la misa que dicho día del año 1492 oyeron los expedicionarios, celebrada por Fr. Juan Pérez en el mismo templo, este año no ha podido ser así por estar el convento en obras de restauración y porque el cúmulo de fiestas y actos conmemorativos realizados en este día y que ya hemos descrito, hizo preciso trasladarla al 4 y celebrarla en el precioso templo de la Merced.

En celebración y recuerdo de aquella misa, dicha en la madrugada del 3 de Agosto de 1492 ante la imagen de Ntra. Sra. de los Milagros y que oyeron Colón y sus compañeros pocos momentos antes de partir, la *Academia Bibliográfica Mariana*, de Lérida, celebró al amanecer el santo sacrificio ante la misma imagen, que hoy se venera en la Iglesia parroquial de Palos, regalando dicha Sociedad todos los ornamentos y efectos litúrgicos de gran mérito y *una preciosa lápida* de mármol con inscripciones, dedicada á Fray Juan Pérez y Cristóbal Colón.

Al mismo tiempo, el padre D. Antonio Arteaga, capellán de la Compañía de Rio-Tinto, la celebraba en la Rábida, como dijimos al ocuparnos de la fiesta de las banderas.

La solemne función religiosa ofrecida por esta Sociedad, según costumbre anual y por disposición reglamentaria, se verificó en Huelva al día siguiente, como ya

hemos dicho, en el hermoso templo del ex-convento de Mercenarios, oficiando de pontifical el Ilmo. Sr. Obispo de Listra; predicó el elocuente orador sagrado Ilustrísimo Sr. D. Manuel Gonzalez Francés, magistral de la catedral de Córdoba y dirigió la capilla el Sr. D. Evaristo García Torres, maestro de la de la catedral de Sevilla.

Durante las noches del 2, 3 y 4, el aspecto de la ciudad era magnífico.

El golpe de vista que presentaba el puerto era verdaderamente fantástico, causando gran admiración, tanto á los vecinos de esta como á los muchos forasteros que habían abandonado sus hogares para presenciar los festejos que se celebraron en honor del Almirante, gloria de este pueblo y del mundo entero.

La iluminación de los muelles, de las dependencias de Obras del Puerto, la de los baños, buque inglés *Mirvor*, de la corbeta-escuela mejicana *Zaragoza* y algunas otras embarcaciones, juntamente con los potentes focos de luz eléctrica de algunos de nuestros buques de guerra, daban á la ría un aspecto de verdadera sorpresa.

Si de la bahía y muelle se pasaba al interior de la población, se encontraba la artística y profusa iluminación de la calle Odiel, que con sus verdaderos torrentes de luz y preciosos arcos, formaba digna entrada al paseo del puerto.

La parte de la carretera de Gibraleón adyacente al muelle, resultaba muy bien, efecto de la buena distribución del alumbrado, que tanto en los hermosos jardines como en la fachada de la estación había colocado la compañía de Zafra.

Ya en el interior de la población, las calles ostentaban vistosas colgaduras y decoraciones alegóricas al descubrimiento y sin número de farolillos, gallardetes y banderas que daban á la ciudad muy pintoresca vista.

Los hijos de Huelva, demostrando una vez más que por sus venas corre la misma sangre que animara á los heroicos Pinzones y á sus valientes compañeros y que no son insensibles ante la glorificación de sus progenitores, cumplieron un honroso deber patriótico al contribuir en cuanto les fué posible al mayor esplendor de las fiestas del Centenario.

El dia 4 recibió el Sr. Alcalde de Huelva, la Real Orden que á continuación publicamos, porque todos nuestros consocios tendrá verdadera satisfacción en conocerla:

«Excmo. Sr.: Al celebrarse el 4.º Centenario de la salida de las carabelas que en Palos iniciaron la epopeya del descubrimiento del Nuevo Mundo, como de antiguo lleva un buque de la Armada el nombre del inmortal Almirante Cristóbal Colón, ha dispuesto S. M. el Rey (q. D. g.) y en su nombre la Reina Regente del Reino, á propuesta del Consejo de ministros, que se honre la memoria de los insignes capitanes MARTÍN ALONSO PINZÓN y VICENTE YÁÑEZ PINZÓN, dando sus nombres á los cañoneros torpederos *Audaz* y *Rápido*.

De Real Orden lo comunico á V. E. para su conocimiento y el de la Corporación municipal de Huelva, de su digna presidencia, como capital de la provincia á que pertenece Palos, cuna de los ilustres marinos los hermanos Pinzón. Dios guarde á V. E. muchos años.—

Huelva 3 de Agosto de 1892.—José María de Beránger.
—Sr. Alcalde del Ayuntamiento de Huelva.»

En nombre de nuestra SOCIEDAD nos creemos obligados á expresar al Sr. general Beránger el agradecimiento de la misma por el recuerdo honroso de la intervención que los ilustres hermanos Pinzón tuvieron en el descubrimiento del Nuevo Mundo.

No olvidará nunca la SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE este acto del Ministro de Marina, que honrando á aquellos héroes, honra su persona y la marina española.

El gobierno, representado por el Sr. Ministro de Marina, obsequió el día 4 con un banquete á los Jefes y oficiales de las escuadras extranjeras, á los diplomáticos, comisiones, autoridades y corporaciones de Huelva y representaciones de nuestra SOCIEDAD. El banquete se celebró en el Hotel Colón, y esto ya fué mucho para que el resultado fuera por extremo bello y suntuoso, armonizándose el conjunto y los detalles de modo perfecto y completo, porque la gran amplitud, buena disposición y belleza del local y su decorado son parte principal del éxito en fiestas semejantes.

El aspecto del salón era hermosísimo. Dominaba sobre el frac el brillante uniforme de la armada. Marineros de América y Europa, marineros de todas las partes del mundo, veteranos unos en las luchas del mar, jóvenes otros en los barcos que les sirven de escuelas prácticas, generales y guardias marinas, cambiaban frases de amistad y consideración mútua, y todos las dirigían calurosas, en honor de España, de Colón, de los her-

manos Pinzón y de la marina española. Debajo de la etiqueta oficial, siempre fría, palpaban el calor y el entusiasmo de todos los congregados, unidos en aquellos instantes por lazos de admiración al insigne navegante y á sus heroicos compañeros.

Antes de mediar la comida, se levantó el Sr. Ministro de Marina, y en pié todos los concurrentes, pronunció un discurso en el cual dedicó un entusiasta recuerdo á los héroes del descubrimiento, ensalzó los nombres de Colón, de los Pinzones y de los hijos de esta provincia que formaron las tripulaciones de la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*; brindó por el Rey y la Reina, por todos los Estados americanos y europeos que se habían asociado á la fiesta, por la marina española y por los Almirantes de las escuadras extranjeras.

Apagado el eco de los aplausos con que fué acogido el brindis del general Beránger, hizo uno muy elocuente el ministro de Méjico, general Riva Palacio.

Brindó por la Marina y la síntesis de su discurso, á cada brillante párrafo interrumpido por los aplausos, fué la siguiente:

«Exploradora, mercante ó de guerra, siempre es la marina el gran vehículo de la civilización, el gran medio porque comienzan siempre á unirse á la humanidad, pueblos aislados, ignorados ó echados en el olvido por el resto del mundo.

Hay sin embargo dos épocas en esa gloriosa historia de la marina, que deben comenzar á contarse desde dos acontecimientos admirables en los recuerdos del espíritu humano y del progreso de las naciones.

La salida del puerto de la primera embarcación que surca las aguas de los mares para constituir el antiguo mundo; la salida del puerto de los ilustres marinos que se lanzaron al Océano desconocido en busca de nuevas tierras, que descubrieron la América y completaron la geografía del mundo.

Los griegos llamaron á los primeros, argonautas, de quienes hicieron dioses, semidioses y héroes.

Nosotros no haremos la apoteosis de los marinos que tripulaban y dirigían la *Niña*, la *Pinta* y la *Santa María*, pero celebramos el Centenario de su atrevida empresa como el mayor de los triunfos de la inteligencia y del valor humanos. Celebramos héroes inmortales; á Colón, á los hermanos Pinzón, á Juan de la Cosa y á todos sus compañeros.

Los antiguos completaron el mundo hasta limitarnos con las columnas de Hércules; pero el *Non plus ultra* no quiso decir *no hay más allá*, no; significaba *Non plus ultra*, no emprendais ese viaje, no acometais esa aventura, porque el esfuerzo, la lucha y el triunfo están reservados á la marina del siglo xv, á los intrépidos navegantes españoles, á los que deben salir, quizás, de la misma costa que vió el término de la expedición de los argonautas.

Brindo, pues, señores, por esa marina, por España y por SS. MM. el Rey D. Alfonso XIII y la Reina Regente. (Grandes aplausos que se prolongaron durante largo rato.)

Brindó después el ilustre general De Ligoró, con gran elocuencia, llevando la voz, como Almirante de la

escuadra italiana, de todos los marinos extranjeros; tuvo periodos brillantes de reconocimiento y elogio á las grandezas españolas y fué calurosamente aplaudido al decir que *Colombo* merece el dictado de segundo regenerador de la humanidad y que nuestra patria tiene la primera gloria del descubrimiento.

Á seguida brindó el Sr. Núñez de Arce.

«Señores,—dijo el ilustre poeta profundamente emocionado—en representación de la Junta ejecutiva del Centenario, que preside el jefe del Gobierno de mi país, me levanto á brindar por las brillantes escuadras extranjeras que han concurrido á la conmemoración de uno de los acontecimientos más culminantes de la historia de la humanidad, como concebido y realizado por las más soberanas potencias del alma, la fé que mueve las montañas, el valor heróico que crece en los peligros y la ciencia que ilumina. Cuando ayer, al rayar el alba, bajo un cielo aún cubierto de la neblina de la mañana, la nao *Santa María* emprendió el mismo camino que hace cuatrocientos años siguió Colón para descubrir un mundo, sentíamos todos cuantos presenciábamos el sublime espectáculo, honda y religiosa emoción, y cuando después de haber pasado la barra, en el momento mismo en que el sol rasgaba las nieblas como deseoso de tomar parte en el humano regocijo, atravesaba la nao, pequeña y frágil, por entre las gigantescas y potentes máquinas de guerra que la ciencia moderna ha inventado, recibiendo al paso el homenaje de las naciones cristianas, desbordó el sentimiento comprimido en todos los corazones, y ninguno hubo que no palpitará en

aquel instante á impulsos del embebecimiento y del entusiasmo. (Grandes aplausos.) Era aquella la fiesta de la humanidad entera, ofreciendo al través de las edades su amor y su gratitud á Colón el inspirado y á los intrépidos marinos españoles que desde este rincón de la tierra, ya para siempre santa y bendita, buscaron por primera vez el mar tenebroso, arrancaron á sus incógnitas soledades un mundo, y abrieron nuevos y luminosos horizontes á la inteligencia y á la actividad de todos los pueblos. (Muy bien, muy bien.)

Diríase que veíamos como una evocación en aquella reducida nave, el espíritu de Dios, según un versículo bíblico, flotando sobre la ondas.

Desde el glorioso día en que Colón completó el conocimiento de nuestro planeta, él es y será considerado hasta la plenitud de los tiempos, como uno de los más grandes bienhechores de la humanidad y como uno de los propulsores más activos y eficaces de la civilización universal.

Brindo, pues, por su inmortal memoria, por la de sus atrevidos compañeros, que tuvieron fé en él, y por las escuadras que han contribuido con su asistencia á hacer más solemne y conmovedor el tributo de admiración y de cariño que rinde en estos momentos á Cristóbal Colón la tierra reconocida.» (Estrepitosos aplausos.)

El último brindis pronunciado fué el del ilustre general Coello, capitán general de Andalucía, que dió las gracias en nombre de la provincia de Huelva, una de las de su mando militar, á todos los que en estos momentos, de perdurable memoria, asisten á unas fiestas

que son la conmemoración de aquellos remotos días en que contribuía con toda su savia á la resolución de una tenebrosa incógnita que tanta luz difundió luego en el mundo. «Aquí terminaría,—agregó,—pero vistiendo el uniforme militar debo añadir que el ejército se asocia todo entero con todo su corazón, á la fiesta que aquí nos reúne y reconoce que siendo esta una solemnidad casi esencialmente marítima y siendo hermano muy cariñoso de la armada, cuyas glorias considera como si fueran suyas, evoca por mi voz el recuerdo de aquellos Pinzones que en la provincia de Huelva dieron tan valiosa ayuda al inmortal Colón y perpetuaron su nombre generoso y el de Palos por todas las siguientes generaciones; brindo, pues, por la marina militar y mercante española y extranjeras aquí representadas, en nombre de Huelva y en el del ejército español.»

Calurosos y entusiastas aplausos oyéronse al concluir este brindis y poco después terminó el grandioso acto que jamás Huelva podrá olvidar.

Cuando los Sres. que hablaban daban fin á su brindis, la banda de un regimiento de infantería de marina, situada en la meseta de la gran escalinata de los jardines del Hotel, tocaba el himno ó marcha nacional del país á que pertenecía el comensal que saludaba á España.

Todos los años, en la noche del 4 de Agosto la Sociedad onubense titulada *Círculo Mercantil y Agrícola* da un baile en honor de la SOCIEDAD COLOMBINA y de los numerosos forasteros que vienen á esta ciudad á asistir á las fiestas conmemorativas del descubrimiento del Nuevo Mundo. El verificado este año fué soberbio; el local estaba

decorado con arte y lujo; la Junta Directiva de aquella Sociedad y las comisiones nombradas al efecto, se multiplicaban para recibir y agasajar á los numerosos invitados.

Á las doce llegaron los asistentes al banquete de la Marina, llenándose completamente todos los salones por aquellos representantes del mundo civilizado, que con sus brillantes uniformes daban hermosísima nota de color, alternando y combinándose los rojos uniformes de los marinos austriacos, con los severos y ricos trajes de gala de los de nuestra nación y con el elegante frac de los representantes del elemento civil; los uniformes militares de los distintos cuerpos con los de los representantes del diplomático, que todos lucían en el pecho honrosas condecoraciones; los de nuestros guardias marinas, sencillos al par que elegantes, con los de los jefes superiores, ornados de vistosas charreteras y galonados profusamente, todo formaba abigarrado conjunto que deslumbraba á primera vista y que hacía el cuadro animadísimo.

El Sr. ministro de Marina estuvo en el baile unos momentos, así como los Sres. de la Comisión central del Centenario y los Jefes de nuestra escuadra; á más asistieron los representantes del Municipio de Sevilla, las autoridades de Huelva y gran número de extranjeros y forasteros. El bello sexo tuvo en él brillantísima representación.

Cuando llegó el núcleo de invitados, á las doce, empezó el baile que duró hasta que el cansancio se impuso.

El Círculo Mercantil obsequió á los invitados con

Champagne, Jerez, Sanlucar, helados, habanos y dulces. Tan agradable resultó la diversión, que por voto unánime de la concurrencia se repitió con aplauso de todos á la noche siguiente.

Hubo durante los primeros días de Agosto otros muchos actos conmemorativos, banquetes y diversiones, que si fuéramos á reseñar detenidamente, haríamos este relato interminable. Citaremos solamente el banquete dado por el Ayuntamiento de esta capital y presidido por el Alcalde Sr. D. Rafael López Hernández, en honor de la comisión del Ayuntamiento de Sevilla y de los Jefes y oficiales de la nao *Santa María*, en el que pronunciaron elocuentes y patrióticos brindis, el Sr. Alcalde, el presidente de la comisión sevillana, Sr. Collantes, el señor Concas, comandante de la *Santa María*, el concejal Sr. Bel (D. Horacio) y otros varios comensales. Las regatas, organizadas por el club de este nombre, en la tarde del día 5 que estuvieron brillantísimas; la retreta de la noche del 5 que fué por todo extremo lucida y pintoresca; haremos también especial mención del Club Recreativo, que organizó numerosos festejos como carreras de caballos, de cintas y de velocípedos, tiro de pichón, Lawn-Tennis, Foot-ball, etc., que se extendieron desde Agosto hasta fin de Octubre, y con esto damos fin á esta parte y pasamos á reseñar los actos conmemorativos de Octubre.

II.

Hemos terminado la descripción de las fiesta con que la SOCIEDAD COLOMBINA celebró el 4.º Centenario de la salida de Palos y la Rábida de la célebre expedición que descubrió un mundo y vamos ahora á reseñar las que se verificaron en Octubre en celebración de este hecho extraordinario y único en la historia del mundo. Nos creemos obligados á consignar en esta MEMORIA un recuerdo de las mismas, porque si bien han sido realizadas por el Gobierno de S. M., presidido por el ilustre hombre de Estado Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo y por la citada Junta Central del Centenario, á la iniciativa y á las constantes gestiones de nuestra Sociedad se debe en gran parte su realización y á ellas concurrió en la esfera de su acción y en la medida de sus fuerzas.

El Consejo general del Congreso Internacional de Americanistas, reunido en París en la segunda quincena de Octubre del año 1890, resolvió que el inmediato se verificara en España y en el punto que designara su Gobierno, habiendo éste resuelto que la novena reunión celebrara sus sesiones en la provincia de Huelva, y á ser posible en el convento de Santa María de la Rábida, del 7 al 11 de Octubre.

Para la congregación de esta Asamblea se constituyó una Junta muy numerosa, de la cual eran, S. M. el Rey, y en su nombre la Reina Regente, protector; patronos los Ayuntamientos de Huelva y Palos; presidentes de honor y efectivo, respectivamente, los Excmos. Sres. D. Antonio Cánovas del Castillo y D. Antonio María Fabié; vice-presidentes de honor, diez individuos, uno de ellos el Sr. Sánchez Mora, presidente de la SOCIEDAD COLOMBINA; vice-presidentes efectivos, once, entre los cuales estaban los de la COLOMBINA, Sres. D. Emilio Cano y D. José García Cabañas; secretario general, D. Justo Zaragoza; vice-secretario, D. Eduardo Toda; secretarios adjuntos, veintiseis periodistas de Madrid y Huelva y los señores Hernández Quintero y Sánchez Hernández, secretarios de la COLOMBINA, y cuarenta y seis vocales, personas por conceptos varios muy distinguidas.

Á las ocho de la mañana del día 7 de Octubre y bajo la presidencia del Sr. Fabié, en uno de los salones del Círculo Mercantil y Agrícola, celebraron los congresistas sesión preparatoria de la inaugural y luego se embarcaron para la Rábida, donde poco después de las once empezó la sesión, que se celebró en el patio mudéjar, recientemente restaurado, del Monasterio. El cuadro que formaba la reunión presentaba un conjunto pintoresco y animadísimo. Varias damas congresistas, algunas de ellas extranjeras, que llamaban la atención por sus elegantes tocados, iban provistas de gemelos y de máquinas fotográficas. Los congresistas del sexo masculino iban casi todos vestidos de rigurosa etiqueta. La concurrencia, lo mismo de congresistas que de público, era grande, y por

los muchos idiomas que allí se hablaban, podía decirse que el Congreso, momentos antes de empezar la sesión inaugural, asemejábase á la torre de Babel.

Cerca de las once y media, los acordes de la marcha real anunciaron la entrada del Sr. Cánovas en el claustro. Vestía de frac el Presidente del Consejo, llevando al pecho la medalla de Académico de la Historia y luciendo la gran cruz de Carlos III, única condecoración española que con el Toisón de oro tiene. Tomó asiento en la presidencia el Sr. Cánovas, ocupando los sillones de su derecha é izquierda, los señores Obispo de Badajoz, Fabié, Generales Primo de Rivera y Aldama, Alcaldes de Huelva y Palos, Gobernador civil de la provincia, los delegados extranjeros Sres. Palma, representante del Perú, Adam, fundador de los Congresos americanistas en Nancy; Cora, profesor de la Universidad de Turín y representante del Gobierno de Italia; Hamy, miembro de la Academia de inscripciones de Bellas Letras de París y director del museo del Trocadero, y el secretario general y vice-secretario del Congreso, Sres. Zaragoza y Toda.

El Sr. Cánovas, en pié, dijo:

«Señoras y señores: En nombre de S. M. la Reina de España, tengo el honor de inaugurar las sesiones de esta novena reunión de los Congresos internacionales americanistas. Como todos recordareis, S. M. la Reina abrió la sesión cuarta, acompañada entonces del malogrado rey D. Alfonso XII. Con gusto S. M. la Reina hubiera venido á inaugurar este Congreso, á haberlo consentido el tiempo disponible; pero me permito indi-

car la esperanza de que tendremos la satisfacción de que venga á presidir la sesión de clausura. (Bien, bien.) Sin duda alguna pudiérais haberos reunido en lugar de mayores comodidades; pero me pareció, cuando designé este sitio para la celebración del Congreso, que os agrada-
ría deliberar en este histórico lugar, bajo la bóveda del cielo, que no la hay más hermosa, siéndolo infinitamente más que los más ricos, soberbios y artísticos ar-
tesonados.

Representais la ciencia, representais lo que progresa, lo que esclarece las dudas del pensamiento y de la histo-
ria, representais lo que supera á lo pasado; pero yo, sin olvidar eso, me he sentido atraído hacia este sitio por el sentimiento de amor á lo pasado. Por eso he querido que os reuniérais aquí, en esta casa que habi-
taron los franciscanos y que oyó los primeros pasos de Colón y se alegró con los primeros latidos del des-
cubrimiento del nuevo mundo. Será importante, muy importante, en lo porvenir, la restauración de este con-
vento: pero hoy aún no está totalmente terminada.

Los franciscanos supieron alcanzar para su orden una página en la Historia, página que nadie se la podrá disputar. Tomo esa página como la relación más verí-
dica y formal del hecho, escrita por un humilde físico de Palos.»

Narra enseguida en párrafos elocuentísimos la llega-
da de Colón á la Rábida, según la declaración de Garcí-
Fernández, la acogida y la protección que le dispensó
Fray Juan Pérez, las conferencias, la recomendación á la
Reina Católica y el viaje de Colón á Santa Fé, etc.

En un momento en que el sol molestaba á un anciano americanista, interrumpió el Sr. Cánovas su discurso para invitarle á que tomara otro asiento y continuó:

«Siento que la impresión poética que me decidió á que aquí se celebrara el Congreso, tenga pequeñas consecuencias como esta, y me hago cargo de que el sentimiento de lo antiguo está reñido con la realidad. (Risas y aplausos). Pero no estoy arrepentido de mi elección. La comparación del gran suceso que conmemoramos con la modestia de lo presente producirá sin duda alguna emociones de tal naturaleza, que nadie desperdiciará.

Hay que proseguir los trabajos de estos importantes Congresos; todos han dado excelentes resultados y cada uno de ellos señalará un triunfo en el descubrimiento de la verdad.»

Continuó analizando la importancia de estos Congresos. Se lamentó con sentidas frases de que la muerte hubiera arrebatado importantes miembros al presente. «No está aquí, dijo, y si viviera no habría faltado, D. Pedro de Braganza, más amante de las ambiciones pacíficas de la ciencia que de las del poder, no está el ilustre antropólogo Quatrefages; el inolvidable estilista Renan ha muerto recientemente.»

Concluyó su discurso, entre aplausos y aclamaciones, con un brillante párrafo dando la bienvenida á los congresistas.

Hablaron después, con tanta elocuencia como discreción, Mr. Adam, de Nancy, ilustre fundador de los Congresos americanistas, Mr. Hamy, delegado francés,

en cuyo pecho lucía la banda y cruz de Isabel la Católica; declaró que los nuevos americanistas deben reconocimiento al Sr. Cánovas; el Sr. Cora, italiano, cuyo discurso causó grata impresión; el Sr. Palma, delegado del Perú y el Sr. Obispo de Badajoz, ilustre franciscano que pasó muchos años en el Perú, cuyos discursos no publicamos por falta de espacio.

Terminada la sesión se sirvió con gran orden un espléndido almuerzo á los americanistas y asistentes al acto, cuyo número excedía de 400. Algunas mesas fueron colocadas en el claustro alto del patio mudéjar, otras en el refectorio y otras en la antigua sala capitular.

Á la mesa del refectorio se sentaron el Sr. Cánovas y personas del elemento oficial. Brindóse en todas partes. El Sr. presidente del Consejo lo hizo en honor de los extranjeros, y no consignamos los demás porque fueron numerosísimos y no tenemos espacio para ello. Sólo diremos que constituyeron una hermosa manifestación de fraternidad universal; los españoles brindaban por los americanos, los alemanes por nuestra patria, los ingleses por la unión de todos los pueblos latinos, los franceses por la reconciliación de los pueblos enemistados, y todos, en suma, por todos, pareciéndonos que debemos consignar, con gratitud, para terminar esta reseña, la frase aplaudidísima del ilustre poeta y literato Fastherrat, nuestro socio honorario: «Un solo Colón, una sola Huelva y una sola España.»

En estos momentos pasaban por delante del Monasterio de la Rábida y hacían su entrada en el puerto de Huelva, las carabelas *Pinta* y *Niña*, construidas por

el Gobierno de los Estados Unidos de la América del Norte. Entraron remolcadas por buques de guerra de aquella nación.

La mayor parte de los congresistas fueron después á Palos para ver la playa y visitar la iglesia, regresando á Huelva por la noche.

Las demás sesiones del Congreso americanista se celebraron en el Hotel Colón y tampoco nos es permitido describirlas porque sería dar desusada extensión á esta MEMORIA. Esto mismo nos obliga á omitir la descripción de algunos actos y ser muy breves en la de otros.

El día 10 de Octubre, poco después de las doce, salieron de la ría muchas embarcaciones empavesadas, dirigiéndose á la barra; iban totalmente llenas de gente. En el muelle quedó mucha aguardando la llegada de SS. MM. el Rey y la Reina Regente. El presidente del Consejo, se embarcó en el *Legazpi*, que hizo las salvas de ordenanza al entrar á bordo el Sr. Cánovas. También embarcaron en el mismo transporte de guerra, todo el Cuerpo diplomático, los Congresistas extranjeros, el Arzobispo de Sevilla, la Diputación Provincial y Ayuntamiento, representantes del clero de Granada, tres franciscanos, una comisión de la SOCIEDAD COLOMBINA, el Gobernador de la provincia y otras muchas personas. Las autoridades locales, el Arzobispo de Sevilla y varias señoras desembarcaron en la Rábida, y el resto de los expedicionarios, con el Presidente del Consejo, siguió en el *Legazpi* hasta la entrada de la barra, dejando frente á la nao y á las carabelas, y á corta distancia de éstas, cinco vapores, uno de ellos el *Pielago*, á cuyo

bordo una orquesta, saludó al trasporte de guerra con la marcha real.

Los barcos de gran calado, españoles y extranjeros, despidieron al *Conde de Venadito* dando los marineros los hurras en las vergas y con los acordes de la marcha real y el estampido de los cañones. Á las tres y cinco minutos entraba S. M. la Reina en la barra. El *Legazpi* saludó al pabellón real disparando 21 cañonazos y ejecutando la marcha real la banda de infantería de marina de Cartagena. La tripulación vitoreó á los Reyes; los que iban á bordo del mismo barco los aclamaron y el Cuerpo diplomático, que iba de gran uniforme, los saludó agitando los sombreros. Cerca del *Conde de Venadito* se colocaron el *Legazpi* y el *Isla de Cuba*.

La nao le saludó disparando sus falconetes; el *Piélago* con hurras y la marcha real, y vitoreando á SS. MM. las gentes que iban en las demás embarcaciones. Detrás del *Legazpi*, y sin guardar orden de formación, venían hasta catorce buques de guerra, españoles y extranjeros, y numerosas lanchas de vela.

Á las cuatro desembarcó la Reina en una falúa que ostentaba el estandarte real. El *Venadito*, el *Legazpi*, y luego todos los demás barcos y la batería situada en la esplanada de la Rábida, saludaron á SS. MM. Cuando subían las escaleras del muelle de la Rábida, fueron extraordinariamente aclamados por el inmenso gentío que había allí y en la plazoleta del extremo del mismo muelle, á cuyos lados y puestos en fila estaban sin número de barcos y lanchas de vela. El espectáculo era verdaderamente sorprendente y hermoso.

La Reina con sus hijos se dirigió á la Rábida, donde oró un rato, cantándose un *Te Deum*. En esta ceremonia religiosa ofició el señor Arzobispo de Sevilla. Entre las personas que aguardaban á SS. MM. en la Rábida, estaba el alcalde de Palos.

Á las cinco y diez minutos volvió á embarcarse la Reina con sus hijos. El Rey iba delante de su augusta madre, llevando á derecha é izquierda, como guardia de de honor, dos guardias marinas, muy jóvenes, con el sable desnudo. Otros dos guardias escoltaban á la princesa de Asturias y á la infanta María Teresa. La familia real ocupó la falúa que los condujo á bordo del *Venadito*, acompañada de los Sres. Cánovas, Beránger y Maimó, comandante de Marina de Huelva, y el comandante del *Venadito*, D. Emilio Díaz Moreu.

Las iluminaciones de esta noche fueron brillantísimas, superando á las de Agosto.

Los barcos del puerto estaban materialmente cubiertos de luces, faroles y bengalas y algunos de ellos, al recorrer la ría llevando á bordo músicas, producían sorprendente efecto.

Un vapor había formado con la luz eléctrica las iniciales de Cristóbal Colón, rematadas con una corona. El vapor *Antonio López*, de la Compañía trasatlántica, espléndidamente iluminado, había puesto también con luz eléctrica en uno de los palos del barco, las iniciales de la Reina María Cristina, sobre las cuales brillaba la corona real. Algunos buques extranjeros también contribuyeron con artísticas combinaciones de luces á la brillante fiesta.

El magnífico muelle de Rio-Tinto era, como suele decirse, una inmensa ascua de oro. Más de veinte mil luces distribuidas á lo largo de sus dos pisos, dábanle aspecto fantástico, y de trecho en trecho, empleados de la compañía disparaban cohetes de luces. Á las ocho, en un tren que recorrió los dos pisos, pudo el Sr. Cánovas, acompañado de su distinguida esposa y formando parte de aquella expedición algunas damas, contemplar el bellissimo espectáculo de la iluminación general, siendo verdaderamente encanto y recreo de los ojos cuanto desde allí se descubría. Profusamente iluminada, formando arcos de luces encerradas en globos de cristal, estaba la calle del Odiel, y el pabellón del muelle de Tharsis se destacaba brillante sobre el fondo obscuro de la ría y del cielo.

El *Conde de Venadito* iluminó con luz eléctrica. Á las ocho se acercaron á los costados del barco numerosas lanchas con músicas, y en una de aquellas una banda de guitarristas, que dieron serenata á los reyes. Hubo vítores y aclamaciones, y en aquel momento más que en otro alguno de la fiesta, pudo decirse que se realizaba la noche veneciana, hermosa, brillante, que ha de dejar en Huelva perenne memoria.

En el paseo del muelle la iluminación era también muy bonita; en altos mástiles habíanse colocado filas de farolillos y de uno á otro de aquellos había cordones de luces. Además, lucía la luz eléctrica. En los cafés la afluencia era, como en el paseo, extraordinaria.

En suma, la iluminación fué general y esplendísimas. En la ría, sobre todo, el conjunto era admirable,

tanto que sólo habiéndolo visto, se puede de él formar cabal idea.

La calle del Odiel estaba iluminada en toda su extensión por arcos laterales de bombas de gas. En todas las casas había también iluminaciones, y en la estación de Sevilla y explanada inmediata, veíanse combinaciones muy bonitas á la veneciana.

En el interior de la población, todas las casas estaban iluminadas, y en todas había colgaduras y banderas.

Á las diez y media de la mañana del día 11, una salva de veintiún cañonazos anunció que S. M. la Reina entraba en la población. En efecto, en un tren especial dispuesto por la Junta de obras del puerto llegó la ilustre dama hasta la entrada del muelle, donde un batallón de Pavía, con bandera y música y una sección de Vitoria, hicieron los honores de ordenanza.

En los carruajes dispuestos al efecto tomó asiento S. M. acompañada de las damas duquesa de Bailén y condesa de Sástago; y en otros hicieron lo propio el mayordomo mayor de Palacio Sr. Duque de Medina Sidonia, el marqués de Casa Irujo, y los Sres. Gobernador civil, alcalde, y otras distinguidas personas.

El paseo del muelle estaba lleno de gente; y al aparecer S. M. á la puerta de la caseta de obras del puerto resonó un ¡viva! repetido incesantemente. La banda de Pavía tocó la marcha real y la tropa presentó armas.

Al pasar la regia comitiva junto al campamento de la infantería de marina, hizo ésta los honores de ordenanza y la música tocó la marcha real.

En la calle del *Almirante Hernández Pinzón* la afluencia era tan grande que difícilmente podía abrirse paso el coche real. De los balcones arrojaban palomas, flores y poesías é incesantemente resonaban vivas á S. M. Ésta saludaba á todos, mostrando su reconocimiento por la acogida entusiasta que se le dispensaba. Vestía un sencillo traje negro, sin adornos de ningún género.

En la iglesia de la Concepción esperaba el clero, bajo palio, con el Ilmo. Sr. Arzobispo de Sevilla á la cabeza.

S. M. bajó del coche, entrando en la iglesia escoltada por dos guardias marinas con sable en mano. Después de recorrer el templo, oró durante un rato y volvió de nuevo al carruaje, escoltada en la misma forma.

El regreso se hizo de igual manera, recibiendo S. M. idénticas manifestaciones de entusiasmo.

Al llegar al muelle, la batería de la plaza hizo las salvas de ordenanza; y en el mismo tren especial se dirigió S. M. á la esplanada de aquél, desde donde reembarcó en el *Venadito*.

Las autoridades despidieronla en dicha esplanada.

Á la una y media de la tarde desembarcó de nuevo S. M. la Reina con S. M. el Rey y SS. AA. la princesa de Asturias y la infanta Luisa.

En el muelle hizo los honores un batallón de Pavía y cubrían la carrera fuerzas de infantería y guardia civil hasta la Diputación. La artillería hizo las salvas de ordenanza.

Ocupaban el coche regio la Reina con la Princesa de Asturias en el frente y el Rey y la Infanta María Teresa en el otro lado.

Desde los balcones las señoras arrojaban, como por la mañana, flores, palomas y poesías, y agitaban los pañuelos y vitoreaban á los reyes.

Una paloma cayó en el coche real, y antes de que diera en el suelo, fué alcanzada por el Rey, que después de acariciarla mostrándose muy regocijado, la entregó á un lacayo para que la llevara.

La comitiva recorrió las calles de Hernández Pinzón, Sagasta, Tetuán, Cánovas, San José y Vega-Larga hasta la plaza de la Merced.

En la puerta de la Diputación provincial había tropa y la corporación recibió á la Corte bajo mazas.

S. M. la Reina mudó de traje, poniéndose uno elegantísimo de gró claro, con adornos oscuros y ciñendo la real diadema.

En el salón de actos sentóse S. M. en el trono, teniendo á la derecha al Rey, y á la izquierda á la Princesa de Asturias é Infanta María Teresa. La servidumbre de SS. MM. se colocó detrás de éstas.

Á los lados de los reyes estaban los Sres. Cánovas, Beránger, y duque de Tetuán, el arzobispo de Sevilla, los obispos de Badajoz y Lugo y el introductor de embajadores, Sr. Zarco del Valle, quien iba presentando á las Corporaciones.

Estuvieron todas, á saber: Gobernador civil, Ayuntamiento de Huelva, con las comisiones de los demás de la provincia, Diputación provincial, Audiencia, Instituto provincial de segunda enseñanza, Delegado, Interventor y demás empleados de Hacienda, el Arcipreste de Huelva con representaciones del clero, representaciones del

Ejército y de los barcos de guerra españoles surtos en el puerto, el Comandante de la *Santa María*, SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE, Junta del Centenario, diputados á Cortes Sres. Ibarra (don Eduardo), Viesca, Bushell, Santamaría, Domínguez Pascual, Clemente, marqués de Mochales, López de Carrizosa, marqués de Valdeiglesias, conde de Casa Miranda, y Castell, General Maimó, Capitán general del departamento de Cádiz, Contralmirante señor Flórez, general Primo de Rivera, el Jefe del Centro telegráfico de Sevilla y Fabra, la mayor parte de los individuos del Congreso de americanistas, el marqués de Alella, senador marqués de Oliva, el Cuerpo diplomático, el Cuerpo consular acreditado en Huelva, Comisiones de los Ayuntamientos de Génova, Madrid, Trujillo, Medellín y Lobón, el almirante norteamericano Luce, representaciones de todas las escuadras extranjeras y gran número de personas conocidas en Huelva, entre las cuales había muchísimas señoras.

Terminada la recepción, que fué brillantísima, verificóse una gran procesión, no como las que generalmente se celebran en las fiestas de las grandes capitales, porque no se quiso con ella recrear los ojos del público solamente, ni entretener á la multitud un rato, haciendo desfilar combinaciones más ó menos artísticas de cartón y de escayola. Esta manifestación tuvo un fin más interesante: el de exhibir ante los reyes los elementos de riqueza de la provincia de Huelva, presentando los principales productos del suelo, del subsuelo y de la industria, y los tipos característicos del pueblo trabajador que concurren á la producción.

El orden general de la manifestación ó procesión cívica, ha sido el siguiente: Abría la marcha un piquete de guardia civil á caballo, y detrás seguían heraldos, muy bien vestidos con traje á la época de los Reyes Católicos, trompeteros y timbaleros, también vestidos á la usanza de aquellos días memorables. Á continuación iban las carrozas de vinicultura, agricultura y minería, y llevando estandartes y banderas, Comisiones de los pueblos de la provincia de Huelva, formando brillante conjunto.

Seguían las Comisiones de los municipios de Medellín, Lobón y Trujillo, con estandartes: después el Ayuntamiento de Huelva, la Junta del Centenario, comisionados de los Ayuntamientos de Madrid y Génova, personas invitadas á esta ceremonia y la Diputación provincial con sus maceros, presidiendo la manifestación, que cerraba una columna de honor, el Gobernador civil de la provincia, señor Carazony.

La primera carroza representaba las riquezas vitícola y vinícola. Sobre un elegante pedestal levantábase el busto de Baco, una primorosísima escultura que había salido de las hábiles manos del inspirado artista señor Casasola. En derredor del pedestal de Baco, y por la parte superior de la carroza, había escudos de varios pueblos de esta provincia, los cuales estaban entrecortados por cartelas con cabezas de sátiro que sostenían guirnaldas de pámpanos.

Sobre la plataforma figuraban todos los instrumentos y aparatos para la fabricación del vino, desde la prensa hasta el más insignificante. Alrededor de la carroza,

toneles ó barriles, á sus lados repisas con botellas de vinos del país. En esta carroza figuraban labradoras, de cuyas manos pendían elegantes y pequeñas cestas con frutos del país, y vistiendo el airoso traje regional. Á los costados de esta carroza marchaban numerosos labradores con las herramientas de su trabajo.

La carroza alegórica de la riqueza agrícola era la segunda que en el orden de formación figuraba. Esta carroza era sumamente elegante y artística. En los frisos tenía los escudos de los pueblos agrícolas de la provincia, y en los costados laterales dos dorados, con las inscripciones, en uno, *Cuarto Centenario del descubrimiento de América*, y en el otro, *Á los héroes del descubrimiento*. En uno de los extremos de la carroza, se ostentaba precioso grupo escultórico primorosamente hecho por el jóven y distinguido escultor Sr Casasola, representando la Ceres moderna. Al pié, alrededor y á la espalda del grupo, plantas diversas que se producen en este país, corchos, espigas y frutas, que con bellas flores, llenaban toda la plataforma, y junto á cada uno de sus ángulos, se destacaban artísticos y dorados cuernos de la abundancia, de cuyas bocas salían frutas, y los cuales sostenían guirnaldas de flores. Entre los productos agrícolas colocados sobre la plataforma, se veían útiles é instrumentos de labranza. El friso estaba adornado con corchos, sobre los que descansaban los escudos; en la artística carroza figuraban también lindas muchachas, hijas de los pueblos agrícolas, vestidas en traje de aldeana y llevando flores en la cabeza. Las aldeanas fueron muy aplaudidas, habiendo producido en el ánimo de la Reina una impresión

agradabilísima. Las aludidas muchachas llevaban en las manos los útiles que cada una de ellas emplea en las faenas del campo. Al lado de la carroza iban muchos labradores de diferentes pueblos, provistos también de sus herramientas.

Los bueyes que tiraban de esta carroza llevaban mantillas de raso blanco con magníficos altos relieves y una inscripción que decía: *Viva la Virgen del Rocío*.

La tercera carroza, como sus compañeras, igualmente monumental, era, sin duda alguna, la más soberbia de las tres que han desfilado en la procesión. Representaba la minería.

La carroza tenía una colosal figura de Plutón,—hecha también, y de un modo irreprochable, por el Sr. Casasola,—la cual estaba inclinada sobre una esfera terrestre que abría con sus grandes manos de gigante. Éste y la tierra abierta, descansaban sobre una gruta cuyo techo era de estalactitas y debajo del cual había una vagoneta de forma igual, aunque de menor tamaño, á las que se emplean para el transporte del mineral. En las quebraduras de la parte exterior de la gruta, había todos los útiles de laboratorio minero. En varias partes de la carroza se veían los candiles de los obreros, de diversos tamaños, y sobre la plataforma, y continuando *la corta*, ó el trabajo á cielo abierto, como se dice en las minas, un cubilete de escoria, los cables para los pozos, una perforadora y todos los demás aparatos é instrumentos de la importante industria.

El friso de la carroza estaba formado por bichas y entrecortado por escudos, que sostenían el vuelo de la

plataforma. Sobre el capillo, veinticuatro ménsulas, de las que pendían bolas plateadas con púas. En los ángulos había bolas iguales, si bien mayores y doradas. Las cuatro ruedas de la carroza formaban rodelas, con la cabeza de Medusa, y en ellas, algunos bocelos y piletes imitando bronce y hierro. En el centro de cada uno de los lados de la carroza, se destacaba una bicha que revelaba el talento, la habilidad y aún el atrevimiento afortunado del artista que las ha construido. Tenía la carroza cuatro bichas, siendo muy notables las de los lados laterales.

Á los lados de esta carroza, que causó verdadera admiración y provocó en algunos sitios del trayecto los aplausos del público, iban obreros de doce pueblos de la sección minera de la provincia, bajo las órdenes de D. José Elías Serrano, en representación del establecimiento minero de Rio-Tinto.

Formaban parte de la procesión, agrupados detrás de cada carroza, que representaba la procedencia de los pueblos á que pertenecían, Comisiones de casi todos los Ayuntamientos de la provincia, que iban con estandartes, banderas, músicas, etc.

Además de los estandartes de los pueblos, en los cuales campeaban los respectivos escudos, lucieron en la procesión otros muchos, por ejemplo, el de los escolares, el de la Industria y Comercio de Huelva, (además, en un carruaje, la representación de estos elementos de trabajo llevaba la lápida que han costeadado, conmemorativa del Centenario); los de la Junta del Centenario, Ayuntamiento y Diputación provincial de Huelva; los de los Ayuntamientos de Medellín, Lobón y Trujillo. La Comi-

sión de este último pueblo presentó heraldos á caballo conduciendo tres estandartes con los nombres de los Pizarros y otros descubridores.

Los Reyes presenciaron la manifestación desde la hermosa tribuna construida en la plaza de la Merced, adosada al palacio de la Diputación provincial. La tribuna era espaciosa y artística. En las columnas que sostenían su techo, se veían las iniciales del Rey niño y de la reina María Cristina. La escalera que desde la plaza conducía á la tribuna era regia. Esta obra la dirigió con gran acierto el Sr. D. Luís Moliní.

Los Reyes entraron á la tribuna por los salones de la Diputación provincial, convertidos con lujo y con gusto en antecámara y sala de descanso.

La familia real ocupó el centro de la tribuna; á la derecha, los senadores, diputados, Arzobispo de Sevilla, Obispos de Badajoz y Lugo y otras personas y á la izquierda el Cuerpo diplomático y algunas señoras, entre otras, la de Cánovas del Castillo y una hija del almirante norte-americano Luce.

Al pié de la tribuna se formó durante la manifestación un artístico y monumental grupo con los productos de la riqueza del país.

Las carrozas se detenían frente á la tribuna; de ellas descendían las labradoras con cestitas llenas de productos del país, que ofrecían á la Reina. El Sr. Moliní presentaba las aldeanas á S. M., la cual les dirigía preguntas relativas á sus pueblos. Algunas de las aldeanas entregaban flores á la augusta señora.

El Gobernador civil de la provincia y el Alcalde de

Huelva subieron á la tribuna y tuvieron el honor de conversar con S. M. la Reina.

Las carrozas fueron obra de los Sres. Matarredona y Casasola.

Al terminar la procesión, hizo salvas la artillería de la plaza.

Terminada la procesión histórica, la Reina se dirigió al Hotel Colón para presidir la clausura del Congreso Americanista. Esta ceremonia fué breve y sencilla: la Reina ocupó el trono que se había levantado en uno de los frentes del salón.

El Sr. Nordenfiel pronunció en francés un discurso dando las gracias á la Reina por el honor que dispensaba á la Asamblea, presidiendo la última sesión.

El Sr. Fabié dijo breves frases, exponiendo la importancia del Congreso, y el Sr. Cánovas lo declaró cerrado en nombre de S. M. la Reina, que se retiró del salón, victoreada por todos los representantes del Congreso.

En la noche de este mismo día obsequió S. M. á los representantes extranjeros con una fiesta que resultó verdaderamente regia.

Los hermosos jardines del Hotel Colón se hallaban profusamente iluminados. En la puerta de entrada de los carruajes comenzaba una hilera de luces, que extendíase por toda la parte derecha hasta el final del bosque de eucaliptus. En éste había colocadas también hileras de luces, de unos á otros árboles, que formaban 50 filas de largo y 30 de ancho.

Los balcones de la planta baja de los departamentos

del Este y Oeste estaban también iluminados, así como el cenador que dá frente al salón de lectura; en el cenador habían sido colocadas 72 luces de gas y en el piso del salón mencionado 114 bombillas, también de luces de gas.

Por la parte del muro extendíase una hilera de farolillos, lo mismo que en el jardín contiguo al comedor nuevo.

El bosque de palmeras presentaba sorprendente aspecto; pendían de las ramas miles de luces, formando caprichosas combinaciones y dando primorosos matices al tono general de las plantaciones.

La hermosa fuente del centro del patio estaba también iluminada, así como el friso del pabellón que dá acceso al gran salón, donde se celebraba la fiesta.

De trecho en trecho, en todos los jardines, había colocados altos mástiles, en los que ondeaban banderas de todas las naciones.

En conjunto, como en detalle, la iluminación de los jardines era de magnífico aspecto.

El salón estaba brillantísimo. Desde las nueve, la concurrencia era grande, tanto que difícilmente se podía transitar. Las señoras lucían elegantes trajes de corte y los caballeros presentábanse de rigurosa etiqueta, abundando los uniformes. Estos eran variadísimos: de todas las marinas de las naciones extranjeras, de los diplomáticos, de algunos americanistas que lucían los de Sociedades, Academias y Corporaciones ilustres, de todos, en suma, ó de casi todos los cargos había ejemplares, si vale la palabra.

En la terraza tocó la notable banda de Infantería de Marina del Departamento de Cartagena, siendo muy aplaudida, sobre todo cuando interpretó magistralmente la difícil y hermosa sinfonía de *Lohengrin*.

Á las diez y media llegó la Corte, anunciándola los acordes de la marcha real, tocada por todas las bandas. En la escalinata del pabellón del Sur esperábanla los Ministros, de gran uniforme, los representantes del Cuerpo diplomático y algunos senadores y diputados.

Al llegar S. M. á la escalinata que dá acceso al gran salón, resonaron muchos vivas y se lanzaron al espacio miles de cohetes multicolores, que formaron sobre el jardín una extensa bóveda luminosa.

S. M. entró primeramente en el saloncillo inmediato al grande y á las doce hizo su entrada en éste, siendo recibida con la marcha real. Las señoras, de pié, la saludaban á su paso, y la augusta señora conversó amablemente con muchas y con algunos diplomáticos y marinos extranjeros.

Vestía S. M. elegantísimo traje negro y llevaba un magnífico collar formado por muchos hilos de hermosas perlas. La diadema era también magnífica y estaba completamente cubierta de perlas y brillantes.

Acompañaban á la Reina las damas Sras. duquesa de Bailén y condesa de Sástago y los Sres. duque de Medina Sidonia, marqués de Sotomayor, Gobernador civil y Alcalde de Huelva.

La Reina dió una vuelta por el salón; después fué abierto el *buffet*, sirviéndose un espléndido *thé*.

La Reina, acompañada de la personas mencionadas,

se retiró al poco rato, siendo despedida con la marcha real.

Después se organizó un baile que estuvo animadísimo. La magnífica fiesta terminó cuando ya era casi de día.

Á las once y media de la mañana del día 12 de Octubre, fecha gloriosa del descubrimiento del Nuevo Mundo, salió del Odiel el *Conde de Venadito*, en dirección á la Rábida, conduciendo á bordo á la familia real. Antes de esa hora muchas embarcaciones de nuestro puerto habían tomado la misma dirección y al llegar cerca del muelle de la Rábida, se encontraron con otras más madrugadoras, que allí esperaban la llegada de SS. MM.

Una hora después fondeaba en el expresado sitio el *Conde de Venadito*, al cual rodeaban hasta catorce buques de guerra españoles y extranjeros, colocados á conveniente distancia, para evitar cualquier accidente desagradable.

Al salir la Reina del *Conde de Venadito*, los catorce buques de guerra á un tiempo y la nao *Santa María*, hicieron las salvas de ordenanza, é inmediatamente después la batería situada en la esplanada de la Rábida.

Un gentío inmenso llenaba el muelle, esplanada, paseo y gran vía de aquellos sitios, lo mismo que la plaza del monumento á los descubridores.

La familia real ocupó un carruaje descubierto, y precedido de batidores de caballería y seguido por los carruajes de los Ministros y servidumbre y por una escolta, marchó al paso hacia la Rábida. La Reina y sus hijos, acompañados de los señores Cánovas, Beránger

y duque de Tetuán, de los Jefes y Oficiales de las escuadras y del Cuerpo diplomático, entraron en el Monasterio, llegaron al primer patio y por la hermosa puerta árabe del mismo entraron en el templo, saliendo á su encuentro, bajo palio, el Arzobispo de Sevilla, y detrás los Obispos de Badajoz y Lugo, á los cuales seguían varios hermanos de la Orden de San Francisco, el Deán y varios sacerdotes de Sevilla y el arcipreste de Huelva. La familia real tomó asiento en el estrado, al lado derecho del presbiterio y enfrente se situaron los mencionados representantes de la Iglesia, arrodillándose junto á los peldaños del presbiterio los hermanos franciscanos. Á algunos pasos de éstos se hallaban el alcalde de Palos, Cuerpo diplomático, los Jefes y Oficiales de las escuadras, varios congresistas y muchas señoras.

Se cantó un *Te Deum* oficiando de pontifical el señor Arzobispo de Sevilla, y terminada la ceremonia religiosa, la familia real y su comitiva salieron por la puerta exterior del templo y se dirigieron á una tribuna levantada frente al monumento. La tribuna era elegantísima, y el arquitecto Sr. Velázquez la había decorado artísticamente, colocando un gran dosel real, semejante al de los antiguos Reyes de Castilla, con un gran escudo y las armas de España en el centro. Tomó asiento la familia real, y con la venia de la reina pronunció elocuentísimas palabras el señor Obispo de Lugo, el cual enumeró á grandes rasgos, las glorias españolas, diciendo que «si Colón se levantara de su lecho de muerte, se conmoviera al presenciar el grandioso espectáculo que formaban todas las naciones civilizadas.»

Después habló el Sr. Sánchez Mora, á quien la noche antes había indicado la conveniencia de que lo hiciera, el señor presidente del Consejo de Ministros, teniendo en cuenta que el distinguido orador es el presidente de la SOCIEDAD COLOMBINA, cuya Corporación por tanto tiempo ha abogado por la construcción del monumento en honor de los descubridores. No queremos seguir adelante sin manifestar nuestro agradecimiento al ilustre Presidente del Consejo, Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, por esta deferencia á la SOCIEDAD COLOMBINA, que Huelva recibió como á sí misma guardada.

El Sr. Sánchez Mora, en elocuentísimos periodos, recordó el memorable día del descubrimiento, estableciendo un parangón entre las conmovedoras escenas de la despedida para salir á la mar y la solemnidad de hoy, causando este parangón impresión muy lisonjera en los ánimos.

La reina y sus hijos se dirigieron desde la tribuna á una plataforma situada al pié del monumento, en la cual esperaban la llegada de la familia real los señores Arzobispo de Sevilla y el arquitecto don Ricardo Velázquez. El señor Arzobispo bendijo el monumento y la reina lo inauguró. La batería de la Rábida hizo salvas en aquel momento.

La familia real fué luego al Monasterio, dirigiéndose á la parte menos antigua del edificio, por una escalera habilitada al efecto. Las habitaciones destinadas á la familia real para que descansaran, eran un vestíbulo, un camarín y dos cuartos para tocador y lavabo.

El vestíbulo estaba adornado con numerosas plantas,

y un escaño sobre el cual estaba un gran espejo, con armaduras en sus dos lados. El camarín era verdaderamente lujoso: pendían de la tapicería que cubrían las paredes, artísticas cornucopias de bronce dorado; en el techo, un artesonado imitando el que se usaba en tiempo de los Reyes Católicos: rica sillería, con un centro de gabinete, de muchísimo gusto. En uno de los ángulos del camarín había una mesa labrada, con recado de escribir. Á ella se sentó S. M., sometiéndose allí á su firma el presidente del Consejo de ministros, los decretos siguientes: indultando de la pena de muerte á cinco reos; concediendo un indulto general; concediendo la Gran Cruz del Mérito Naval con distintivo blanco, á don Ricardo Velázquez y Boseo, por los excelentes servicios prestados en la conmemoración del 4.º Centenario del descubrimiento de América; concediendo honores de Jefe superior de Administración á D. Luís Moliní; nombrando caballero de la insigne orden del Toisón de oro, á D. Cristóbal Colón y de la Cerda, marqués de la Jamáica y duque de Veragua; concediendo el título de Excelencia al Ayuntamiento de Trujillo, patria de Francisco Pizarro, y para honrar la memoria del conquistador del Perú; al Ayuntamiento de Jerez de los Caballeros, patria de Vasco Núñez de Balboa, y para honrar la memoria del descubridor del Océano Pacífico; y al Ayuntamiento de Medellín, patria de Hernán-Cortés, y para honrar la memoria del conquistador de Méjico; fundando un colegio para misiones fuera de España en el convento de Santa María de la Rábida y por fin, autorizando al Gobierno para presentar á las Cortes un

proyecto de ley *para declarar perpetuamente fiesta nacional el día 12 de Octubre, en conmemoración del descubrimiento de América.*

La Reina manifestó al presidente del Consejo la gran complacencia que embargaba su corazón al aprobar los proyectos mencionados.

Terminado el acto de la firma, que ha de ser memorable en la historia de España, la cual consignará en sus páginas calurosísimas alabanzas á la piadosa Soberana, dirigióse ésta, acompañada de sus hijos, hasta el muelle, dejando á bordo del *Venadito* al Rey, y regresando con la princesa de Asturias y la Infanta María Teresa á la Rábida, de donde partieron para el pueblo de Palos.

Casi todos los barcos que se hallaban fondeados frente á la Rabida regresaron á Huelva, conduciendo á los expedicionarios que presenciaron la conmovedora y solemnísima ceremonia, durante la cual la Reina ha sido reiteradamente y con gran entusiasmo aclamada.

La real familia se dirigió seguidamente al pueblo de Palos, donde la esperaban á la entrada el Alcalde y el vecindario en gran número. Al llegar el coche regio, el pueblo prorrumpió en vítores y las campanas fueron echadas á vuelo. El recibimiento fué entusiasta.

S. M. la Reina visitó la iglesia, orando en ella un rato.

Después dirigióse la comitiva á Moguer, donde el recibimiento superó á cuanto pudiera imaginarse. El vecindario aclamaba incesantemente á las augustas personas.

El alcalde, Sr. D. Augusto de Burgos, saludó á la

Reina, dándole gracias por la honra señaladísima que dispensaba al pueblo.

En todas las calles por donde pasó la comitiva había levantados arcos de triunfo y desde los balcones se arrojaban á las ilustres personas palomas y flores. Las campanas fueron echadas á vuelo.

La reina visitó el artístico convento de Santa Clara.

En la noche de este día se repitieron las iluminaciones y las músicas en Huelva y su bahía y al día siguiente, á las ocho de la mañana, salieron SS. MM. y AA. para Sevilla en el tren real, siendo despedidas por toda la población y por millares de forasteros y extranjeros que habían venido á presenciar los actos conmemorativos del cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo y á tomar parte en ellos.

III.

La SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE debe estar satisfecha del resultado que han tenido los actos conmemorativos de la salida de las carabelas y del descubrimiento del Nuevo Mundo y del papel importante que en ellos ha representado. Su voz ha sido oída, escuchadas sus quejas, tenidas en estima sus advertencias y atendidas sus reclamaciones. Cuando en el verano de 1890 la Junta organizada en Madrid para conmemorar el cuarto Cen-

tenario del descubrimiento del Nuevo Mundo parecía tener completamente olvidados á Palos y la Rábida, la SOCIEDAD COLOMBINA levantó su voz contra tan incalificable preterición, y el ilustre estadista que á la sazón entró á ocupar la presidencia del Consejo de ministros, el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, hecho cargo de las pretensiones de esta Sociedad, no pudo menos de considerarlas justas y contribuir poderosamente á su realización. Nuestro presidente, Sr. Sánchez Mora, oyó de labios de S. M. la Reina el 12 de Octubre lisonjeras frases hacia nuestra Sociedad y sus nobles y patrióticos propósitos, y el Sr. Cánovas del Castillo, desde el primer momento señaló sitio preferente para ella en todos los actos conmemorativos del descubrimiento del Nuevo Mundo. Pero si la SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE ha visto en este punto realizadas sus aspiraciones, no por eso ha terminado ni siquiera amenguado lo importante de su misión. Y no la terminará mientras dure entre los hombres la memoria de Colón y de Pinzón, mientras exista en pié ese Monasterio que recuerda sus nombres y sus glorias!

«El antiguo Convento de Santa María de la Rábida no puede desaparecer y al fallo de la nación española sobre este punto acaba de juntarse, por medio del IX Congreso de Americanistas, el de todo el mundo civilizado....» «Á título de insigne monumento histórico y por dicha también interesante monumento arqueológico, impónese la conservación del edificio....» Así dice el preámbulo del Real decreto fechado en dicho Monasterio el 12 de Octubre de 1892, creando en él un colegio

para misiones fuera de España. Sí, es cierto, *el Convento de la Rábida no puede desaparecer*, ni volver siquiera á ser, como ha sido durante muchos años, lugar desierto y abandonado, sirviendo á lo sumo, durante los meses del estío, de modesto establecimiento balneario para unas cuantas familias que por favor y por módico estipendio ocupaban las celdas y se bañaban en el estero de Domingo Rubio, tomando el venerable monumento en esta época todo el aspecto de una casa de vecindad, ó sirviendo en todo tiempo de centro de giras y franchelas á la gente alegre de Huelva, Palos y Moguer.... El convento de la Rábida no puede desaparecer, pero tampoco puede ser conservado como hasta aquí, sirviendo, para desdoro y mengua del nombre español, de objeto de toda clase de profanaciones, hasta el punto de que una mano extranjera escribiera en el album del Monasterio al contemplarlas las siguientes frases: «¡Cuánta grandeza en los siglos xv y xvi!....¡Cuánta decadencia en el siglo xix!....»

El Monasterio debe conservarse como lo que es; como una santa y veneranda reliquia de aquéllos gloriosos tiempos en que el nombre español era respetado por todos los pueblos de la tierra, en que el pabellón español cruzaba todos los mares del planeta, áun aquellos que jamás habían sido explorados ni eran siquiera conocidos ó ni áun sospechados.

He aquí la principal tarea de la COLOMBINA: estar siempre vigilante para que esto suceda. La restauración del monasterio no está completamente terminada, así como no lo está tampoco la construcción del monumento

conmemorativo. La COLOMBINA debe gestionar cuanto le sea posible y hacer oír su voz á los poderes públicos para que se terminen dichas obras y si al fin llega á crearse en el Monasterio el Colegio para misiones, que se haga de tal modo que ni la clausura ni las necesidades del establecimiento impidan nunca que sean visitados el claustro mudejar, la sala Capitular donde han debido celebrarse las conferencias preliminares del descubrimiento, la celda de Fray Juan Pérez y los demás sitios que contengan recuerdos del gran acontecimiento.

Huelva 30 de Diciembre de 1892.

